

—Señor, dijo un soldado de la escolta, los caballos husmean à los indios.

Un alarido, como el silbo de la ceraste, se dejó oír cerca de la caravana.

A este alarido siguieron otros muchos
Hombres y animales estaban amilanados

Dos apaches se pusieron delante de la escolta á una distancia regular, comenzando un baile grotesco, para deslumbrarla con el cardillo que producían multitud de espejitos que tenían en todo el vestido.

—¡En batalla! gritó Quiñones.

Los dragones obedecieron preparando sus carabinas y en espera de ser atacados.

Dos jaras silvaron á retaguardia de la escolta y derribaron dos jinetes que cayeron agonizantes.

—¡Estamos perdidos! exclamó Quiñones; y quiso emprender la fuga, pero su caballo no obedecía á los acicates.

Acercáronse los salvajes sin disparar sus arcos, recibieron la descarga del revólver del comandante, esquivándose diestramente, y apresaron á Quiñones y á sus soldados sin que pudieran evitarlo los disparos de sus armas.

XII.

En el momento asesinaron á los dragones.

Dieron de puñalados á los caballos y apagaron su sed en la caliente sangre de aquellos nobles animales.

¡Aquello era una escena de caníbales!

Quiñones perdió toda esperanza: sus ojos se humedecieron.

El pobre soldado quería haber muerto en el campo de batalla.

Le ataron los brazos á la espalda, lo arrodillaron, y uno de aquellos salvajes sacó una navaja perfectamente afilada y con una habilidad sorprendente, la pasó en derredor de la cabeza de Quiñones y le arrancó la *cabellera*, que rechinó horriblemente, al desprenderse, dejándole el casco desnudo y ensangrentado.

Quiñones cayó con la violencia del rayo y comenzó una agonía trabajosa.

Los apaches daban alaridos de gozo salvaje, y con un lujo de destreza flecharon el corazón del valiente guerrillero.

Después se perdieron en las regiones del desierto con los despojos de su victoria!

XIII.

Quando el general Patoni hizo la travesía del desierto, donde quedaron muertos de hambre y de sed las dos terceras partes de sus soldados, encontró sobre una osamenta, las comunicaciones del ministro de Gobernación, y por el pasaporte supieron que aquellas restos pertenecían al valiente comandante Julián Quiñones.

CAPITULO DECIMOCUARTO.

LAS CONDECORACIONES.

I.

El matrimonio del mariscal Bazaine había llamado justamente la atención de la corte, y todas las jóvenes se creyeron que pronto los personajes las irían eligiendo para esposas, y entrarían en el gran mundo.

La corte de Maximiliano I contaba con algunos príncipes, condes y barones, todos en espera de alguna muchacha rica, de todo punto necesaria para saldar sus deudas y contraer otras nuevas.

Las familias que figuraban en primer término no se iban de bruces, y si aceptaban la comedia imperial, no se manifestaban muy dispuestas á entrar en estrechas relaciones con los extranjeros.

Regularmente las dignidades de la corte traían gastos capaces de arruinar la mejor fortuna; pero el orgullo humano sacrifica hasta el bienestar privado por un momento de ostentación y de brillo.

Todos los adictos al imperio ambicionaban una cruz de Guadalupe, ó alguna distinción, aún cuando fuese la medalla de cobre del mérito civil.

Había algunos padres que hubieran dado una oreja porque sus hijas entrasen al servicio de la emperatriz.

Llovían las recomendaciones, se escribían versos ensalzando á los emperadores, se hacían funciones de obsequio, se fingían encuentros y victorias, todo por alcanzar una condecoración, una cinta, algo que llevar en el ojal de la casaca.

El gobierno por su parte derramaba profusamente las condecoraciones, dando siempre la preferencia á los soldados extranjeros, y cuidando de enviarla á algún soldado raso mexicano, ó á un infeliz de nuestros artesanos. Esta falta de reserva alentaba á muchos para aspirar á la nobleza.

II.

Nuestros lectores no habrán olvidado á los Fajardo ahora que se habla de este negocio.

El diplomático no abandonaba las antesalas, y siempre sacaba el billete de audiencia, sólo con el objeto de hacer presentes sus respetos al emperador, hasta llegarse á hacer notable por esta monomanía.

La señora de Fajardo se visitaba con algunas damas de honor, y procuraba intrigar para ser nombrada, alegando que había en la servidumbre personas de una edad muy avanzada.

Las señoras le ofrecían interponer su influencia; pero nunca hablaban á la emperatriz de ello, y permanecía en silencio la existencia de Doña Canuta Fajardo.

La elegancia exquisita de la hija del diplomático, y la no menos deslumbrante de la bellísima Clara, estaban en boga en tertulias y paseos.

Se habían hecho dos muchachas de moda, y se las invitaba á todas las diversiones, y en ellas no encontraba rival su lujo y su hermosura.

Este hizo que el nombre de las jóvenes llegase á la cámara imperial, y se despertase la idea de una adquisición tan interesante para la corte.

La emperatriz nombró damas de honor á las dos amigas.

El nombramiento apareció en el *Diario del Imperio* cuando menos se esperaba.

III.

Clara se hallaba de visita en la casa de los Fajardo.

El diplomático se paseaba á lo largo del salón, metido en una bata como un mandarín chino, y adornado con un gorro japonés.

—No es posible, decía, esto es inconcebible, absurdo; cuando la revolución estaba espirante, cate usted que Arteaga, Régules y Riva Palacio, atacan Uruápam con 5,000 hombres ¡qué horror! Estos demagogos están dejados de la mano de Dios, en eso no hay duda.

Clara y Luz permanecían en silencio.

—Tenemos ya en campaña otro *heroquito*, un tal Eduardo Fernández, á quien Juárez acaba de darle la banda verde. Luz no pudo reprimir un momento de alegría.

—¿Y eso es verdad, papá?

—Cualquiera diría que te alegras; pero ya! no recordaba que ese hombre se permitió..... vamos, agregó entre dientes, si soy lo más bruto del mundo. Sí, señor, añadió en voz alta, ese miserable ha ordenado el fusilamiento de Lemus y de otros jefes de importancia, es un asesino! un criminal!..... Esa horda de salvajes se ha dirigido á Taretan, allí se ha entregado al pillaje y al desórden! Ya irán las tropas francesas á darles su merecido. Si esos hombres entraran en la capital, ¡Dios nos asista! no, es necesario exterminarlos; buena guerra nos da la demagogía.

Ese general L. Heriller ha de haber aprehendido á Juárez; hombre más terco no lo he visto, se ha empeñado en que hay república y presidente, y nadie le hará variar de ideas.

—¿Nada se dice de los yankees, señor Fajardo? preguntó Clara.

—Sí: que conservarán estricta neutralidad en la cuestión: que no inquietarán al imperio. Ya lo creo! como que tiemblan delante de los franceses; Napoleón les infunde un terror pánico. Estoy seguro que con una patrulla de zuavos se llega al Copitolio de esa republiqueta.

—No me parece la empresa muy sencilla.

—Sí todos son *cívicos*, guardias nacionales y generales de *bola*. Los yankees son unos escandalosos, siempre en clubs, en meetings, que en castellano quiere decir motines. República! democracia! libertad! todas frases pomposas llenas de viento, frases que no quieren decir nada y que sólo sirven para alzar á la canalla y volverla insolente.

Un criado entró con el *Diario del Imperio*.

—Dame acá ese periódico, dijo Don Modesto, y se puso á leer.

—General! dijo Luz al oído de su amiga, ya Eduardo es general!

—Te felicito de todo corazón, no tanto por el ascenso, cuanto porque se halla bueno y valiente.

—Clara, tengo gana de llorar, de reír, estoy loca de contento.

—Tienes razón, hoy mismo escríbele, mandaremos un correo, ya sabemos donde se encuentra, sabrá al menos de tí.

—Yo no conozco á nadie.

—Yo sí: ha venido un hombre de la hacienda, que está por ese rumbo, y sale tal vez esta misma noche; creo que le será fácil llegarse á Uruápam.

--Me parece muy bien, toda la tarde voy á escribir; además tú me vas á ayudar á bordarle la banda.

—Eso corre de mi cuenta, en dos horas es negocio arreglado.

Y dió un apretón de manos á su amiga.

IV

—Luz!.....Clara!.....Canuta!.....gritó el diplomático; á mí me van á dar algo.

—Dios mío! exclamó Luz, ¿qué te pasa, papá?

—Pronto, pronto, llama á tu madre; que venga, la necesito

—¿Se ha enfermado usted, señor? preguntó Clara.

—No, no es eso, á usted también la necesito. Canuta! Canuta!

La señora Fajardo entró corriendo con un frasquito de sales y un vaso de agua.

—Ya estás atacado de apoplejía, me lo estaba yo temiendo, ese exceso en la comida te ha de matar.

—Qué comida, ni qué niño muerto! Te llamo para un negocio de mucha importancia. SS. MM. se han acordado de nosotros.

—Qué se han acordado SS. MM. Ya debían haberlo hecho desde antes, no que estamos á fines de 65 y.....

—Calla, mujer! tú no sabes lo que te dices; ya la tenemos allí, es decir, ya las tenemos.

--Las qué?

—Buena pregunta. Lo debe saber la corte, la capital, el mundo entero, porque los periódicos recorren la Europa, y lo sabrá Napoleón III y el Gran Sultán!

—¡Habla, por Dios!

—Vamos, abraza á tu hija y su querida Clara, á nuestra querida amiga.

—Bien, las abrazo; pero y qué!

—No conoces nada?

—Hombre, nada.

—Nada te avisa tu oración?

—Ah!.....sí!

—Qué?

—Nada!

—Pues has abrazado á dos damas de honor de S. M. la emperatriz!

Clara levantó orgullosa la frente, Luz la inclinó con tristeza.

Doña Canuta perdió la respiración por un instante, y abrió la boca como un tiburón dando caza.

—Y no está mi nombre? preguntó vuelta de su estupor.

—No; eso sería abusar del derecho de entrar en la servidumbre de palacio. Damal dama de honor! ¿quién nos diría cuando nos casamos el año de veintiocho que nuestra última hija..... vamos, hace uno las cosas sin pensar.....

—Por supuesto que yo seré quien te entregue, me toca de derecho; en el ceremonial te acompañaré por todas partes.

—No, Canuta, mira el santoral de la corte: “dos caballos, dos damas, coche con dos asientos;” ¿en qué lugar quieres colocarte?

—Pero al menos seré invitada.

—Ya viste el año pasado el chasco que he pasado; fui á la Villa de Guadalupe y me dieron tarjeta de los convidados “que no comen”

—Las cortes tienen sus usos que debemos respetar; en fin, la madre de una dama, ya es mucho.

—Lo creo, pero tú ves que hay muchas madres que no hacen aprecio de nada y aun les parece mal.

—Tienen razón, dijo Luz, yo no sé ni quiero servir á nadie.

—Pero muchacha, tú crees que una dama es una recamaraera? Vamos, vamos, estás en un error; una dama es simplemente una amiga íntima de su S. M.; además, estando con Clara tú te hallas contenta en todas partes.

—Tú acabarás por perder á tu padre; una renuncia le costaría un destierro, una persecución, quizá la vida!

--Siempre lo mismo!

—Siempre!tú me asesinas! Yo he depositado en tí mis esperanzas y.....vamos.....ya me parece que por todas partes dirán “aquel es el padre de la dama.” Entonces sí que me harán más caravanas que á un arzobispo.

—Anda, lloriqueta, tontuela, dijo Doña Canuta á su hija, no me parece sino que te hacen una ofensa horrible. Librete Dios de decir una sola palabra delante de gentes, porque nos costaría muy caro.

Don Modesto había vuelto á tomar el diario para rectificar. Al diplomático le estaba reservado ese día caminar como *D. Simplicio*, de sorpresa en sorpresa.

—¡Canuta! volvió á exclamar más demudado que al ver el nombre de su hija.

--¿Qué?

- Otra noticia más importante, estamos de suerte!
- Soy dama, gritó Doña Canuta, no hay duda, no pueden haberse alvidado de mí, yo soy persona muy notable, notabilísima; la noche de la tertulia he adquirido un triunfo, Modesto, el pájaro que me regalaste, es quien me trae en el pico el.....
- ¡Cayal no sabes lo que se pesca!.....S. M. me nombra caballero de la orden de Guadalupe!
- ¿Y á mí?
- ¡Caballera! puesto que eres mi esposa, esto se infiere recatemente.
- Qué injustos son los reyes, solo á mí me dejan en el tintero. Yo quiero ser, cuando menos, *caballeriza*.
- Reflexiona que la honra te viene por dos partes, por tu marido y tu hija.
- Pero yo no quiero ser honrada, sino honrar.
- Con el tiempo y nuestra intimidación con los soberanos, te darán la cruz de San Carlos.
- Así lo espero, si el imperio no trata de estraviarse.
- Oye la campanilla, ya nos vienen á felicitar.

V.

Efectivamente, Doña Efigenia, aquella beldad obesa, y su esposo, entraron en la sala.

--Vengo sofocada, amiga mía, apenas leímos el Diario le dije á este: séamos los primeros en felicitar á la familia Fajardo.

--Gracias, dijo Doña Canuta, haciendo una reverencia.

El esposo de aquella tonina, se dirigió ceremoniosamente al diplomático, y le dijo con énfasis.....

--Cuando S. M. se ha fijado en la persona de usted para condecorarle, es porque halla prendas incorpóreas, como el talento diplomático, que lo hace más digno que de llevar al pecho la cruz de la orden de María Santísima de Guadalupe.

--S. M. me honra; sé que las sociedades me han propuesto porque yo no acostumbro pedir nunca, y menos condecoraciones.

--Las personas como usted no lo necesitan.

--Mi hija Luz es dama de honor de S. M. la emperatriz.

--¡También ella! Vea usted que no había reparado, ¿con que es dama?

--Sí por decreto de ayer, fechada en el alcázar del archiduque.

--¿Dónde, dónde está mi tierna y nunca olvidada amiga? ¿dónde está para comérmela á besos?

Clara y Luz habían desaparecido desde la llegada del matrimonio Cantoya.

CAPITULO DECIMOCUARTO.

INTRIGAS PALACIEGAS.

I.

A los pocos días las dos jóvenes estaban de guardia en el aposento de la emperatriz.

--¿Qué haremos, decía Clara, con nuestros prisioneros?

--Yo tiemblo, á cada paso me parece que los descubren, y estos franceses no entienden de nada, los fusilan en el acto.

--Ni me lo digas, amiga mía.

--Ya se prolonga esta situación y ambos están desesperados, saben el riesgo que corren, y están temblando.

--Son un par de calaveras atroces.

--¿Y ya indagaste la aventura de Enrique?

--Ya me contó el lance; figurate que estaba de temperamento en Cuernavaca, y como los hombres la han de emprender en todas partes, nuestro amigo se enamoró de una muchacha, que entre paréntesis, asegura que es bellísima. Comenzó á rondar la calle sin éxito alguno, y á fuer de buen enamorado se daba el lujo de ir á pasearse á las rejas de su adorada, acechando una oportunidad para declararse.

--¿Qué tendrá el temperamento de Cuernavaca que les sienta á tantas personas? sin ir muy lejos, el emperador se halla perfectamente en aquella ciudad.

--Luego hablaremos de eso, has de saber que la niña es una hermana del terrible guerrillero Pablo Martínez.

--¡Jesús!

--No te asustes, es una criatura hermosa, delicada, llena de virtud, y el tipo del romanticismo. El galán rondaba la casa en una noche de luna á guisa de trovador, cuando un capitán austriaco, con unos bigotes capaces de asustar á un regimiento, se le acercó bonitamente pretendiendo quedar dueño absoluto del campo; Enrique, que como la mayor parte de nuestros elegantes, conoce la esgrima, tiró de la espada, y á los dos minutos había atravesado al austriaco de parte á parte.

--Ni más ni menos como Don Serafín al desgraciado capitán Hugues.

--Igual, amiga mía.

—Una casualidad ha hecho que los dos pájaros estén en la misma jaula.

—Fuera de broma, no sé qué vamos á hacer de ellos, ambos perseguidos cruelmente, ambos sentenciados á morir una vez descubiertos. Mi padre que es tan bueno, tiene una aflicción horrible, dijo tristemente Clara, los atiende con una gran solicitud, y se priva hasta de recibir visitas; teme que una impertinencia los venda, y verlos morir sería espantoso.

—Tú puedes discurrir mejor que yo un medio para sacarlos de México. Los dos muchachos quieren irse á la revolución, están entusiasmados y no pueden hacer cosa mejor.

—La policía francesa está hecha un argos, con un dato cualquiera.....pero me ha ocurrido una idea feliz; ya que estamos en la corte abordemos la primera intriga, ya que no participamos del cúmulo de enredos que se urden en esta antesala.

—Yo no he nacido para intrigar.

—Es muy sencillo, ya ves que estamos en el candelero, nos han hecho de moda y estamos en buena posición para trabajar por nuestros protegidos.

—Encárgate de formular el plan.

—Nos procuraremos dos pasaportes directamente del gabinete particular del emperador; aquí viene el chambelán que nos hace la corte con más predilección.

II.

Presentóse un individuo de treinta y cinco años, delgado, erguido como un pavo, con una nariz inmensamente grande, acaballetada, con el pelo dividido por partes iguales sobre la frente, la barba espesa y los bigotes retorcidos; su traje era muy elegante, y llevaba bajo el brazo un sombrero blanco piramidal.

—Señoritas, tengo el honor de saludar á ustedes, las perlas más hermosas de nuestra corte.

—Y nosotras, se apresuró á responder Clara, al caballero más cumplido.

—Señorita, no sé qué responder á una galantería tan exquisita; me declaro vencido á las primeras palabras.

—Siéntese usted aquí entre las dos, que tenemos un asunto importante.

—¿Señoritas, ustedes quieren matarme; ya sentado en medio de dos ángeles? declaro que sólo en contemplarlas pasaré toda la audiencia, y al fin no me habré enterado de nada,

—No importa, es un negocio muy serio, y en el que usted va á desempeñar el primer papel.

—Véamos, que ya tengo curiosidad.

—Usted sabe que los republicanos han entrado en Uruápan, y que tienen una fuerza de cinco á seis mil hombres.

—Es cierto, desgraciadamente.

—Pues nosotras podemos hacer que la mayor parte de esa gente se pase á las filas imperiales.

—Usted es capaz de hacer que S. M. proclame la república.

—Vamos al caso, precisa que usted nos traiga dos salvoconductos en blanco.

—Esto pica en historia.

—Lo pondremos á usted en antecedentes.

—Ya tengo el honor de escuchar.

—Tenemos una correspondencia de Michoacán, muy importante. Se nos ofrece, si conseguimos algunas garantías, que la brigada de.....usted me permitirá reservarme el nombre, se pasará con el emperador.

—Hablaré inmediatamente á S. M.

—No se trata de eso, señor chambelán, sino de dar una sorpresa.

—Ya, ya comprendo, un golpe de teatro hacerse en un sólo día de la influencia de SS. MM.

—Precisamente, usted tiene una comprensión admirable. Conque marche usted al gabinete, y con el mayor sigilo del mundo, tráigase los papeles que necesitamos. A la hora del triunfo, alzamos el telón y se sabrá este juego de bastidores.

—Me muerdo por estas intriguillas, y voy á entrar en esta con toda la fe de mi valor y mi caballerosidad.

—No hay que perder tiempo, le dijo Clara, y le tendió dulcemente la mano, que el chambelán llevó al corazón.

III.

—Has jugado á tu antojo, dijo Luz, con ese majadero; no te creía tan avisada.

—Es necesario ponerse algunas veces la careta.

—Tú la juegas con mucha gracia.

—¡Dios mío! allí viene la señora Menocal, algún chisme trae entre manos.

—Buenos días, señoritas, supongo que ustedes están de guardia.

—Para servir á usted.

—Necesito que me reciba, S. M.

—Está indispuesta, y hoy no recibe á nadie.

—Debe haber una excepción para mí S. M. ingora lo que pasa

—¿Qué sucede señora?
—Nada, una cosa horrible, aseguran que S. M. el emperador está enamorado en Cuernavaca, y es necesario desmentir esa especie.

—¿Y para ese asunto pretende usted la audiencia?

—Cabalmente, como dama supernumeraria, tengo ese derecho.

—¿Y se permitirá usted hacer tal revelación á S. M.?

—¿Y por que no? á mí me parece que debe tomar cartas en este asunto; puede resultar un bastardo como Don Juan de Austria.

—¿Que horrores está usted diciendo!

—La dinastía se perjudica.

—Basta, señora, no haga usted público lo que no pasa de una especie vertida por algún mal intencionado.

—Eso es lo que debe averiguarse, ¡un adulterio monárquico! un.....

—Por compasión, señora, usted comprenderá que nosotras no podemos oír ciertas cosas.

—Una Pompadour! una la Valiere! Dios nos ampare que empecemos tan temprano.

—No podemos consentir en un escándalo, señora; además, S. M. se encuentra enferma, y una noticia así la empeoraría.

—Está bien, lo dejaremos para otra vez, ¿qué han sabido ustedes del chambelán que estaba ayer de guardia?

—Nada, señora.

—¿Nada? ¡oh! es una cosa horrible; ayer al volver á su casa, cuando menos lo esperaban, encontré á un zuavo comiendo alegremente á su mesa, tomándose su vino, y lo que es más, en compañía de su señora hermana que tiene cuarenta y ocho años.

Luz y Clara se ruborizaron.

—Eso nada importa, continuó la Menocal, lo grave que existe, es lo de la señora de*** que tuvo el atrevimiento de bordar un pañuelo para S. M. el emperador, con un cupidillo, y atravesando con dardos los grifos imperiales. S. M. Carlota se puso de mal talante, y más cuando llegó á su noticia aquella especie de....

—Ya llega el señor chambelán y tenemos necesidad de comunicarle órdenes reservadas de Palacio, dijo Clara.

—¿Reservadas, eh? ya comprendo; tengan cuidado, porque esas reservas suelen hacerse públicas. Señoritas, muy buen día.

—¡Dios eterno! exclamó Luz, esta señora tiene una lengua de escorpión, me ha dejado escandalizada.

—La emperatriz ha dado orden de no se le permita la entrada.

IV.

—Señoritas, dijo entrando el chambelán, fingiendo una fatiga terrible; los pasaportes están en toda regla, pueden marchar sin cuidado los emisarios que por el telégrafo se avisa que les dejen libre el tránsito.

—Es usted un hombre con quien se puede tratar, comprende usted que la rapidez en los movimientos salva una situación como á un ejército.

—Nosotras llenaremos los blancos, dijo Luz tomando los papeles.

—Nuestra guardia ha terminado, si usted tuviese la bondad de acompañarnos al carruaje.....

—Con mucho gusto, señoras.

Las jóvenes subieron precipitadamente en el coche.

—¡A casa! gritó Clara, y los caballos partieron á escape.

—¿Cuál será más hermosa? se preguntó el chambelán, y volvió á entrar en los salones de palacio.

Las jóvenes llegaron á la Ribera de San Cosme.

V.

En una habitación apartada que estaba en el fondo del jardín, permanecían ocultos dos jóvenes ya conocidos del lector.

El uno es el simpático dandy Enrique Morales, que en una de sus calaveradas había dado con la hermana del guerrillero Pablo Martínez, y á quien vimos atravesar de una ruda estocada el robusto pecho del austriaco.

El otro era Don Serafín, perseguido por la autoridad francesa, á causa del duelo en que dejó tendido al capitán Hugues.

Los dos jóvenes tenían sobre sí una sentencia de muerte.

—De todos modos, decía Enrique, yo salgo esta misma noche para la revolución, esta expectativa no tiene nada de simpática ni atractiva.

—Yo te acompaño, no quiero comprometer á esta familia.

—Si al menos estas dos chicas fuesen nuestras novias, el escondite sería la gruta de Calipso; pero ¡ay! están como las uvas de la zorra, verdes y muy altas.

—Es una falta de caballerosidad, gritaba Don Serafín, que se me persiga, yo he matado ese hombre en buena lid.

—Es cierto, yo abusé de la torpeza de ese mastodonte, que

con todo y eso me hubiera rebanado como á una sandía en acertándome un tajo, ¡qué bruto era el difunto!

—Yo opino por la salida á toda costa.

—Saldremos disfrazados de arrieros ó de cualquiera cosa, eso no importa, el caso es salir, y ya se me puso no dormir esta noche en México.

Luego que oscurezca nos escaparemos, sin decir adiós á nuestras bellas guardadoras; porque es seguro que no nos permitirán salir, y no se ha dado nunca el caso de que yo me haya resistido á la voz de una muchacha.

—Ni yo, afortunadamente son las seis de la tarde, dentro de una hora caerá la noche y nos escaparemos pasando sobre fuego. Dejemos una carta de despedida que ambos firmaremos.

—Convenido, yo la redacto y tú la escribes. Don Serafin se puso al bufete.

Enrique comenzó á dictar paseándose por el aposento.

—Comienza.

“Señoritas, habéis sido nuestros ángeles de guarda.

—¡Bravo!

“Hay seres sobre quienes Dios ha puesto el aliento de su grandeza; marchamos vestidos de arrieros, con las lágrimas en los ojos.”

—Hombre, eso es bajar del cielo á una posada de bestias.

—Ya es preciso entra en materia.

—Pero no tan sopetón.

—En fin, termina como gustes y firmemos.

Don Serafin concluyó la misiva y ambos signaron, y la pusieron sobre el candelero como hacen lo suicidas.

—Tomaremos el ómnibus de San Juanico y Atzacapozalco; en ese pueblo tengo amigos que nos proporcionarán caballos, y lo demás corre de nuestra cuenta.

—Muy bien pensado, dame las tijeras, voy á tirarme el bigote.

¡Famosa ocurrencia!

Enrique tomó las tijeras y cortó la primera guía, relatando los conocidos versos: “estos bigotes—quemó la polvora de Austerlitz.”

Don Serafin se echó abajo las patillas, y ambos quedaron cómo unos tonsurados,

VI

Clara y Luz habían llegado á las seis y media á la casa, no queriendo ver á sus amigos sino en la noche.

Pensaban darles la sorpresa más agradable.

Padre, dijo Clara á Don Alfonso, traemos unos pasaportes para nuestros amigos.

—Me parece imposible, tengo una inquietud horrible por esos muchachos.

—Necesitamos unos buenos caballos para que cuanto antes se alejen de la capital, poniéndose en salvo.

—Clara, ahí están los míos; yo sacaré en mi carretela á esos gaxnápiros que me han dado un buen susto.

—Que bueno es usted, dijo Luz abrazando á Don Alfonso, á quien amaba como á un padre.

—Pobrecilla, exclamó el honrado español, besando aquella angelical criatura.

—Hijas mías, estoy de mal humor; ya sabrán ustedes lo que ha pasado en Michoacán.

Luz palideció intensamente.

—¿Qué ha pasado? preguntó Clara.

Que al retirarse las fuerzas liberales, el general Pueblita se quedó á la entrada de Urúapan, donde fué sorprendido y asesinado.

—¡Dios mío!

—Los republicanos se han internado, no se donde puedan alcanzarlos nuestros amigos. Es necesario pensar antes de hacer, estos franceses son crueles, el país está inundado en sangre, ya las armas se embotan de tanto herir.

Clara bajó la frente avergonzada, su buen corazón le decía á voces que debía aborrecer á aquellos asesinos; pero su amor más fuerte aún, la arrojaba á esa vía desesperada de una pasión tan infeliz.

Luz estaba afligida en extremo, simpatizaba con los hombres todos de la revolución, los quería como á los fieles compañeros de Eduardo; y su muerte la hacía pensar que á caso le llegaría su turno á quel hombre á quien amaba y por quien sufría horrorosamente.

Este pensamiento es el que agita á todos los que entran en esa mar airada de las revoluciones.

El corazón se vuelve fatalista y se espera con resignación el instante de la partida eterna.

Cada hombre que desaparece, es una hoja llevada por el huracán de los combates.

Entonces se hace sombría y torva la faz del revolucionario, cae un velo espeso sobre su existencia, y se lanza desesperado en busca de la muerte más bien que de la victoria.

Las dos jóvenes quedaron hondamente pensativas, agitadas por sentimientos diferentes.

D. Alfonso estaba también silencioso, no convalecía aún de esa pesadumbre de ver á su hija entregada á ese amor que él probaba en el fondo de su alma.

—Bien, dijo al fin, me encargo de los preparativos del viaje; esos muchachos necesitan dinero, es preciso que vayan bien equipados, me intereso por su suerte.

—Ellos están sumamente inquietos y disgustados con su situación.

—No faltan motivos, hija mía. Nos veremos dentro de una hora.

VII.

Don Alfonso salió, las dos amigas se contemplaron un instante y se estrecharon como dos flores al soplo de una ráfaga de viento.

—Leo en tus ojos la historia de tu corazón, Clara mía estás contrariada de una manera terrible, porque hay veces que te sientes humillada ¿no es cierto?

—Sí es verdad pero mi corazón se subleva y este amor está por encima de todo, ¡es un amor desgraciado! Yo conozco que hay algo de fatal en este sentimiento; pero no lo puedo maldecir, me falta el aliento.

—En mala hora se fijaron tus ojos en ese hombre.

—¿Tú también?

—Perdóname, yo no debo afigirte; pero del fondo de mi alma se levanta una voz que me dice, que tú no serás feliz: cuando considero que puedas ser arrebatada de tu país por un extranjero y allá en tierras extrañas ser presa de un engaño, entonces lloro por tí, lloro porque te amo con todo mi corazón!

Clara no podía hablar, su voz estaba embargada por el llanto.

VIII

Dieron las siete en el reloj de San Cosme.

Pocos minutos después, el ómnibus de la carrera de Atzacapozalco se detuvo frente á la casa.

Dos individuos subieron al carruaje, que pasó por la garita y se perdió entre la calzada de árboles que forman su derrotero.

Cuando Don Alfonso y las dos amigas entraron en el aposento, los prisioneros habían desaparecido.

En el platillo del candelero estaba un billete de despedida, lleno de ternura y gratitud hacia aquellas almas nobles que los habían abrigado durante la época terrible de su proscripción!

CAPITULO DECIMOQUINTO.

EL TERRORISMO.

I.

Hacía mucho tiempo que el Consejo de Estado y el ministerio, habían sometido á la aprobación de Maximiliano un decreto terrible, una sentencia de muerte para los republicanos, una declaración impía en que se filiaba á los defensores de la independencia entre los asesinos y los bandidos.

La segunda insurrección recibía el legado de los hombres de 810; á esos se les llamó también con ese infamante epíteto, y se fulminaron contra ellos iguales anatemas.

La historia como siempre á venido á confundir á los calumniadores, y coronar de laurel y siempreviva las frentes de los mártires y defensores de la libertad.

Maximiliano se había reservado el examen del decreto y aplazado la discusión.

La víspera de ese memorable día, estaba el emperador en su despacho leyendo los artículos de ese fatal proyecto.

Parecía hondamente preocupado.

Sobre el bufete estaban los pliegos de la correspondencia europea, que el emperador había leído varias ocasiones.

Contenía las notas de los Estados Unidos dirigidas al ministro de relaciones de Napoleón III.

El pueblo de la Unión americana se manifestaba decididamente en contra del imperio, y pedía á su gobierno interviniese de una manera directa en los negocios de México.

Como en la gran República la voluntad de los gobernantes es el reflejo de la voluntad nacional; la situación tomaba un carácter alarmante, que inquietaba seriamente, no sólo á Maximiliano sino al gobierno francés.

La oposición en las cámaras tomaba aliento, y profetizaba el desenlace más funesto á los autores del atentado intervencionista.